



Juicio apologético sobre Salcillo

Del libro «Los Profesores de las
Bellas Artes».

Salcillo fué sinceramente religioso; por eso, ya en la plenitud artística de su *maestría*, su alto ideal pudo encarnar en admirables creaciones que rivalizan con las mejores del arte cristiano en cualquier tiempo. El ideal es el alma del arte, a quien debe la hermosura su eficaz «resplandor» (según frase platónica), su «fuerza sugestiva» (según frase de cierto crítico francés, Guyau). Así ocurre en Salcillo, que ese «resplandor sugestivo» de sus obras va aumentando a proporción de la elevación de los asuntos. Su *San Antón* vence y humilla con indignación celestial, ayudado de la *gracia*, al Enemigo. Su *Santa Clara* en éxtasis parece efectivamente ingrávida, elevada por la efusión amorosa de su misticismo, que la rodea de un nimbo de gloria. Su *San Jerónimo* penitente nos trasporta a los ascetismos purificadores del yermo. Su *Dolorosa* lleva entre sus cárdenos labios el suspiro inefable, y en sus ojos la fuente de las lágrimas... fuente, sin embargo, de consuelo, para endulzar el amargor de las de este Valle del mundo: ternísimo poema de la piedad corredentora de la Madre de Dios.

Y cuando los asuntos son los más remontados y

